50 AÑOS DE JORNADAS ASTRONÓMICAS

Blanca Troughton, Carles Schnabel y Jordi Lopesino

Carles Schnabel: Los primeros encuentros de Barcelona y Sabadell

Celebramos cincuenta años de jornadas y congresos estatales de astronomía. Es imposible recorrer toda esta historia en unos pocos minutos, pero las imágenes y los paneles preparados por las agrupaciones organizadoras nos permiten recordar sus principales etapas. En ellos aparecen compañeros muy jóvenes, instrumentos que hoy parecen de otra época y, sobre todo, la continuidad de una comunidad que ha seguido reuniéndose durante medio siglo.

Las primeras jornadas se organizaron en 1976 por iniciativa de ASTER, la Agrupación Astronómica de Barcelona. Uno de sus principales impulsores fue Pere Mateu Sancho, fallecido en julio de este año, una persona muy activa en el asociacionismo astronómico. Aquel primer encuentro fue modesto, pero abrió un camino que tendría una larga continuidad.



Figura 1. Rollups de las dos primeras Jornadas de Astronomía

En 1977, la Agrupación Astronómica de Sabadell recogió el testigo y organizó unas nuevas jornadas, con la voluntad de reunir a más aficionados y asociaciones. Conviene recordar el contexto: España iniciaba la transición democrática y la astronomía amateur se practicaba con medios muy diferentes de los actuales. Predominaba la observación visual y la fotografía química; no existían los dispositivos digitales que hoy utilizamos de manera habitual. Pese a esas limitaciones, aquellas jornadas de Sabadell fueron extraordinarias.

Los encuentros continuaron celebrándose, aunque con cierta irregularidad y bajo denominaciones diversas. Desde sus inicios compartieron una idea esencial: intercambiar conocimientos, estrechar vínculos y conocernos personalmente.

Blanca Troughton: el largo camino hacia la Federación

Quiero comenzar reconociendo el trabajo de todas las asociaciones que, a lo largo de estos cincuenta años, han organizado jornadas y congresos. Preparar un encuentro de estas características exige financiación, meses de trabajo y la colaboración voluntaria de decenas de personas. La exposición de paneles históricos es también un homenaje a ese esfuerzo colectivo.

La aspiración de crear una federación de asociaciones astronómicas es mucho más antigua de lo que podría parecer. En 1979, con motivo de las jornadas de San Sebastián, Francisco Bravo, entonces presidente de la Sociedad Malagueña de Astronomía, escribió a la Sociedad de Ciencias Aranzadi, organizadora del encuentro, proponiendo estudiar esa posibilidad. En aquellos años existían muy pocas agrupaciones y la idea fue reapareciendo, sin concretarse, en sucesivas reuniones.

La propuesta volvió a discutirse en las jornadas de Sevilla de 1983 y en las de Málaga. En León, en el año 2000, la participación de astrónomos profesionales era ya notable; hasta el punto de que algunos asistentes pidieron reservar más espacio a las comunicaciones amateurs. En Teruel, en 2002, se celebró una mesa redonda dedicada expresamente a la posible federación, pero sus conclusiones fueron entonces poco favorables a su viabilidad.

El gran punto de inflexión llegó con el Año Internacional de la Astronomía de 2009. Montserrat Villar propuso coordinar fiestas de estrellas organizadas simultáneamente por agrupaciones de todo el país. Aquella experiencia demostró que era posible colaborar a escala estatal y dio un nuevo impulso a las relaciones entre asociaciones.

En 2011 se creó la Red Andaluza de Astronomía. Durante el congreso de Gandía de 2012 se planteó retomar la idea de una federación y avanzar hacia el encuentro de Granada de 2014. Allí se organizó una mesa redonda con representantes de la astronomía profesional y amateur, entre ellos Emilio Alfaro, Jaime Zamorano, Mercè Correa y Fernando Jáuregui. También presenté una intervención sobre los objetivos y las ventajas de constituir una federación.

Las conversaciones permitieron formar una comisión de trabajo y, finalmente, el 29 de noviembre de 2014 se constituyó formalmente la Federación de Asociaciones Astronómicas de España. Fue el resultado de una aspiración que había acompañado a nuestras jornadas durante décadas. Para reconstruir esta historia han sido especialmente útiles los testimonios conservados en la revista Astrum y los artículos recopilados por Jordi Lopesino.

Jordi Lopesino: anécdotas y recuerdos de cincuenta años

Quiero completar este recorrido con algunas anécdotas que muestran cómo eran aquellos congresos. Más allá de las fechas y los acuerdos, lo que permanece en la memoria son las personas, las sorpresas y los pequeños episodios que vivimos juntos.

En las jornadas de 1979 llamó la atención un ordenador que se utilizaba con un programa para el estudio de estrellas variables. Hoy cualquier teléfono móvil supera ampliamente sus prestaciones, pero entonces era una auténtica novedad. También han cambiado radicalmente los medios para presentar las comunicaciones. Utilizábamos transparencias y proyectores de diapositivas; si las transparencias caían al suelo, había que volver a ordenarlas. Cuando el mando del proyector no llegaba hasta el conferenciante, recurríamos a señales sonoras para indicar al operador cuándo debía pasar a la siguiente imagen.

En las terceras jornadas, celebradas en 1979, se pudo contemplar una roca lunar, algo extraordinario en aquella época. Hoy estamos acostumbrados a encontrar meteoritos en exposiciones y ferias, pero entonces ver una muestra traída de la Luna tenía un impacto enorme.



Figura 2. Roca lunar expuesta en las Terceras Jornadas de Astronomía

Algunos congresos alcanzaron una participación multitudinaria. Las jornadas de Madrid reunieron a más de 355 personas y hubo sesiones en las que apenas cabía el público. Las de Huesca también destacaron por la gran afluencia de asistentes.

En Lleida, en 1990, se habló de las nuevas cámaras CCD, una tecnología que estaba empezando a transformar la astronomía amateur. Aquellas jornadas contaron también con la presencia de un cosmonauta ruso, acompañado de una escolta muy estricta, que dio pie a numerosos comentarios. En otros encuentros participaron astronautas como Pedro Duque y Michael López-Alegría, cuyas intervenciones dejaron recuerdos muy vivos entre los asistentes.

En Gijón, un grupo de radioaficionados intentó establecer contacto con la estación espacial Mir. No recuerdo si finalmente se consiguió la comunicación, pero el intento refleja bien el espíritu de curiosidad y experimentación de estos encuentros.

Hay recuerdos que no tienen nada que ver con los telescopios. En uno de los congresos nos regalaron un paraguas que terminó siendo el obsequio más útil: llovió prácticamente todos los días. También recuerdo con especial admiración una conferencia sobre Comas i Solà y la atmósfera de Titán, presentada por José María, que mantuvo al público pendiente de la explicación como si se tratara de una investigación detectivesca.

Las fotografías históricas muestran además a muchos participantes que siguen acompañándonos. Algunas instantáneas dieron lugar a bromas memorables, como la de un compañero fotografiado junto a un premio Nobel, a quien casi nadie reconocía porque todos se fijaban primero en el astrónomo amateur conocido.

Pero el verdadero motivo por el que estos congresos han podido celebrarse durante cincuenta años no son los instrumentos, las sedes ni siquiera los organizadores: sois vosotros, las personas que habéis participado, compartido experiencias y mantenido viva esta tradición. A todos os debemos un reconocimiento.